



EL UNDÉCIMO PARADIGMA

La cohesión del país se afloja
anestesiada por creencias
superficiales convertidas en
modelos de consumo masivo

LOS diez falsos paradigmas que este periódico identificó el domingo para rebatirlos mediante el rigor intelectual y el coraje civil de diez intachables expertos son el retrato de una sociedad en declive, minada en su energía moral y con la inteligencia democrática anestesiada por falaces tópicos ideológicos. Una España dominada por un pensamiento débil que aspira a convertirse en pensamiento único. Un país cuya cohesión social, política y territorial se afloja en medio de creencias superficiales convertidas en modelos de consumo masivo. Una nación desarticulada en sus bases de compromiso común y sumida en un marasmo crítico cuya reconstrucción va a exigir un impulso regeneracionista similar al de la salida del franquismo. Durante los tiempos de prosperidad ese desarme colectivo quedó minimizado por la pujanza económica pero la crisis ha desencuadrado los valores ficticios y ha dejado al descubierto una estructura vacía. La misma perplejidad ciudadana ante el acelerado empobrecimiento nacional demuestra hasta qué punto los españoles hemos vivido en la nube de una ficticia autocomplacencia, ese undécimo paradigma que vendría a resumir el decálogo de lastres del relativismo indoloro: nunca pasa nada y el fracaso o la quiebra no son más que amenazas apocalípticas de un cenizo pesimismo filosófico.

Sería injusto culpar en exclusiva al zapaterismo de este clima de reblandecimiento intelectual y ético; el trivial estilo presidencial ha institucionalizado ese vacío descomprometido, pero en conjunto resulta más su consecuencia que su causa. Zapatero es más bien el producto depurado de esa mentalidad líquida que él supo identificar y explotar en beneficio de un proyecto de hegemonía política. Sus dos victorias consecutivas interpelan al conjunto de la ciudadanía, capaz de diluir sus filtros de selección para elegir con contumacia a un gobernante visiblemente falto de preparación, experiencia y responsabilidad. Ese pernicioso *efecto Hamelin* fue posible por la existencia previa de un fenómeno de autosugestión masiva, cuya disipación repentina ante los estragos de la recesión explica la enconada fobia en que se ha transformado. Un pueblo nunca se culpa a sí mismo; el gran error actual del presidente es creer que ha caído por haber tratado de reconducir a última hora sus propias ensoñaciones, cuando su culpa estuvo en haberlas fomentado.

El resultado es un desengaño social cercano a la desesperanza, que no se puede combatir sólo con un programa de reformas políticas o económicas. Es necesario un gigantesco esfuerzo de pedagogía regenerativa para repensar el país y disolver los espejismos de nuestra quimera contemporánea. Y lo más difícil será llevarlo a cabo a través de una dirigencia pública que ha crecido y se ha desarrollado precisamente en la burbuja decadente de esas falsas creencias.